

COMO CONOCI A RAFAEL BARRETT



ADOLFO PASTOR

Han transcurrido como diez y seis años. Una tarde me anunciaron en casa que alguien me aguardaba en el escritorio. Era un hombre delgado, de pálida tez y nariz afilada, de rostro anguloso con una barba corta algo nazarena tirando a rubia y unos cabellos alizados hacia una oreja y delatando más que ocultando los irremediables estragos de una calvicie incipiente. Se puso en pie al verme llegar y vi que era de regular estatura, más bien alto. Sus ojos eran claros, de un mirar confiado y dulce que inspiraba amistad. Sus labios finos trazaban una línea correcta entre el bigote lacio y la barba en punta. Sonreía con una sonrisa agradable, llena de blancos dientes. Sus ojos se le iluminaban intensamente al reír y esparcían su honda dulzura por todos los rasgos de la cara en la que las mejillas hundidas y los pómulos salientes con cierta transparencia de cera acusaban inquietantes claudicaciones de la salud.

—Soy Barret, — me dijo.

Nos dimos un apretón de manos firme y recio. Su mano era fina, huesosa, de dedos alargados. Apretaba bien, denotando vibrante fuerza de nervios y una cálida electricidad de espíritu.

—Acabo de llegar, — añadió, después de efusivo saludo. — Vengo deportado del Paraguay.

Yo le conocía por su «Gérmenes», un periódico que redactaba en Asunción y me enviaba por indicación de un extraño muchacho, Bertotto, que había andado por aquí, prófugo de la conscripción argentina y un buen día se marchó de aventura al Paraguay, donde se vinculó a Barret colaborando con éste en la confección de dicho semanario.

Él era un periódico para los obreros. Barret escribía allí artículos de acerada crítica social, relampagueantes de ideas mordientes como ácidos y de elevados sentimientos. Ejercía una influencia intelectual muy grande sobre los trabajadores de la Asunción, cuyas agitaciones acompañaba con la pluma sin rehuir compromisos ni peligrosas consecuencias. En una biografía completa de Barret no puede faltar un capítulo importante dedicado a su actuación en el campo obrero del Paraguay. Bertotto, que es un buen escritor, hoy acreditado en el periodismo del Rosario de Santa Fe, podría ser el indicado para escribir ese capítulo. El también podría decirnos cuál fue el papel desempeñado por ambos en el curso de una sangrienta revuelta paraguaya, ocurrida poco tiempo antes de su partida de la Asunción. Yo, que por Bertotto tenía algunas noticias interesantes del caso, pedí más informes esa tarde a mi visitante. Barret se sentía orgulloso de haber merecido la más honrosa credencial que pueda comprobar el valor y el espíritu de sacrificio de un hombre: la Municipalidad de la Asunción había extendido a Barret y Bertotto un documento en el que se le expresaba la gratitud de la ciudad por su admirable comportamiento durante la refriega en las calles de la población, no como combatientes, por cierto, sino como auxiliares de heridos. Yo vi ese documento. Oí de labios de Barret el relato de su intervención sublime en ese choque fratricida y supe como, adueñándose de un coche, se internaba en las

calles barridas por las balas, recogiendo heridos, arriesgando una y otra vez la vida con una obstinación heroica y estupenda que él con modestia espontánea atribuía sobre todo al arrojo temerario de su acompañante.

Yo lo vi entonces iluminado por una luz interior de bondad evangélica que acentuó a mis ojos su parecido físico con el Jesús divulgado por las estampas.

Después habría de verlo siempre así.

Me narró también su encarcelamiento por orden de Jara, el tiranuelo brutal; su prisión en un cuartel, y su deportación finalmente. Venía a ganarse la vida con la pluma. Me pidió que le orientase en su búsqueda de trabajo como periodista. Yo era entonces cronista teatral de «El Día» y por mi intermedio esperaba obtener una plaza en la redacción de ese diario o colaborar en él mediante un sueldo que le permitiese vivir.

Mis gestiones para asegurarle un sueldo como colaborador de «El Día» fracasaron. Le aconsejé entonces viese a Samuel Blixen, que dirigía «La Razón». Se entendieron. Blixen, gran conocedor de valores literarios y periodísticos, supo apreciar de inmediato el valimiento excepcional de ese escritor nervioso, hondo e intenso que sabía encerrar en la asombrosa síntesis de sus notas cotidianas, las inquietudes de un espíritu ampliamente humano y las reflexiones de una mente penetrante y profunda, armada de todas armas por la virtud del propio pensamiento y el variado auxilio de una compleja erudición.

Firmaba con sus dos iniciales, R. B., los artículos breves, jugosos, admirables de concisión y belleza formal que abrían en la espesura de inevitable vulgaridad y chatura de la efímera prosa del diario, un claro de idealidad duradera. Por ese claro descendía a trazar su rasgo inconfundible y perenne, entre las deleznable flores de trapo de la retórica periodística o entre la trivialidad aplastante de las fugaces gacetas noticiosas, un rayo del arte imperecedero y del pensamiento inmortal. La eternidad se asomaba por ese hueco de luz para poner su sello indeleble en la hoja volandera destinada al olvido. Porque él fue entre nosotros el más alto representante de ese género literario que es periodismo en cuanto se nutre del acontecimiento de actualidad y vive sobre la página de los periódicos, pero que es sobre todo arte, rama perdurable de pensamiento, de belleza y de emoción. Las páginas del cotidiano se deshacen en el viento; caen mustias de las manos que las estrujan ansiosas y pasan con el día que las vio nacer y les infundió su aliento afebrado. Pero cuando en esas páginas brilla, como un raro decoro, el toque espiritual de aquel género artístico, hay siempre en ellas algo que se salva, un trozo que se desprende, separado por el inteligente homenaje de unas tijeras, y que pasa a perpetuarse en el ambiente vivificador de las almas incorporándose a las palpaciones ideales del mundo, mientras el resto del diario vuela a dispersarse y perderse en los oscuros torbellinos de la materia inanimada. La posteridad coge un día a brazadas los montones de diarios viejos y los aventra como paja inservible, para recoger tan sólo los granos de oro allí depositados por el escritor insigne. Esos granos de oro a veces llenan libros, como ocurre con los que Barret arrojó en una siembra pródiga de casi todos los días durante dos o tres años en «La Razón». Y hoy, al releer sus comentarios de la vida diaria, de sucesos pequeños o grandes que han pasado estremeciendo el alma colectiva o apenas desflorando su superficie, cerca o lejos de nosotros, — un terremoto, un naufragio, un crimen, una guerra, una revolución, una fiesta, un gesto, una frase, un accidente cualquiera noticiado por el telégrafo o por las crónicas locales, vemos que la actualidad de su hora le servía de simple punto de apoyo para lanzarse a esos magníficos vuelos de la idea con que su talento robusto se enseñoreaba del espacio. La actualidad transitoria era en sus manos una fruta jugosa de la que sabía extraer un licor de espíritus que como el vino no teme al

tiempo, sino que con el tiempo adquiere mayor fuerza y virtud. Sobre la fugacidad de la corriente humana echaba a navegar su canoa de meditación y de ensueño que dura por encima de las ondas de un instante y continúa todavía su viaje hacia el ideal aunque las ondas de sus días se deshicieron cada tarde en los sangrientos brazos del crepúsculo. El más banal de los hechos le daba motivo para plantear los más inquietantes problemas y abordarlos con esa su filosofía tan personal que es una desconcertante mezcla de escepticismo y de fé. En torno del hecho, por insignificante que fuere en apariencia, acumulaba las más agudas reflexiones, remontándose del guijarro a la estrella, del átomo al universo, de la exclamación de un niño al porvenir de la humanidad, del ademán de un anciano al misterio de la vida y la muerte, a través de sentencias inéditas, impregnadas de un humorismo sutil de amargo y triste dejo. El sarcasmo ríe a menudo en el fondo de sus frases, siempre concisas y certeras semejantes a piedras que dan alegremente en el blanco y dejan al golpear una resonancia de sugerencias en la mente y el corazón. Porque fue sobre todo un humorista. Su ironía no es la de Anatole France. Tiene una angustiosa acritud; pero me hacía siempre el efecto de una herida abierta a través de la cual se descubriese una santa luz de bondad, de esperanza y de amor. Su sonrisa es terriblemente demoleadora y corrosiva; pero tan sólo de las cosas malas y feas, porque hay debajo de ella un corazón rebosante de generosidad y un recalcitrante idealismo.

Pero mi objeto en este artículo no es estudiar a Barret sino relatar cómo, en qué circunstancias trabé con él conocimiento personal. Dicho queda. Llegó un día a mi casa, me dijo quien era, le abrí los brazos y desde ese momento nuestros corazones no se separaron ya. No tardó en confiarme el fondo de su alma. Me habló muchas veces de sus grandes amores — su hijo era el más grande — y poco de sus dolores y tristezas, porque no le gustaba ofrecer el lamentable espectáculo de sus llagas, ni siquiera de sus cicatrices... Pero le vi sufrir. Venía minado por una enfermedad implacable. A pocos meses de llegar, cayó en cama, volteado por terrible hemotisis. Le hablé al Dr. Narancio, entonces mi amigo, para que lo viese en el hotel Plaza Bianchi, donde se alojaba. El estaba muy agradecido a las atenciones desinteresadas que el doctor Narancio le prodigó con encomiable humanitarismo. Allí íbamos a verle sus pocos amigos y entre éstos, el más asiduo, Félix Peyrot, uno de los más bellos corazones que he conocido jamás, y que sentía adoración por Barret, que éste le retribuía con un afecto de verdadero hermano. Yo los había acercado, y me estremecía viendo cómo esos dos hombres, ambos muy enfermos, se aprestaban a marchar juntos por la vida mirando sin pestañear a la muerte, que se les acercaba. A menudo departían sobre temas filosóficos. Peyrot era un teósofo ardiente. No trataban de convencerse; pero discutían con entusiasmo y no siempre estaban en desacuerdo.

Del hotel hubo de salir, porque al saberse que estaba tuberculoso le pidieron la pieza... Tuvo que ir a asilarse a la Casa de Aislamiento, y no dejaba de escribir. Continuaba enviando con intermitencias sus notas a «La Razón», y escribió unos cuentos en esa casa de Asistencia, que vieron por primera vez la luz en «El Espíritu Nuevo», una revista dirigida por mí. De allí salió mejorado y poco después volvió al Paraguay, a ver a su esposa e hijo, para retornar y emprender entonces su viaje a Europa, que fue su último viaje... Al embarcarse acaso presentía la proximidad de su fin. Me abrazó muy triste, y respondió a las palabras con que yo trataba de infundirle optimismo, con frases de despedida que me cayeron como lágrimas candentes en el corazón. Me sonrió por última vez en su camarote con aquella su sonrisa abierta bañada en suave luz de bondad, de tolerancia, de perdón y de afecto. Volví a ver al Jesús de las estampas. Y no volví a verle más.

Emilio FRUGONI.